

Transmitir una alegría que nos ha sido donada. La fascinación por Cristo, fundamento de la evangelización en santa Teresa de Jesús y el magisterio de Benedicto XVI

P. Emilio Martínez, Orden del Carmelo Descalzo

INTRODUCCIÓN

El 13 de mayo de 2007, el Papa Benedicto XVI se dirigía así durante la homilía a los obispos, sacerdotes, religiosos y fieles congregados en la explanada del santuario de Aparecida, el VI domingo de Pascua, para la misa de inauguración de la V conferencia del Episcopado latinoamericano y del Caribe: “La Iglesia se siente discípula y misionera de este Amor: misionera sólo en cuanto discípula, es decir, capaz de dejarse atraer siempre, con renovado asombro, por Dios que nos amó y nos ama primero (cf. 1 Jn 4,10). La Iglesia no hace proselitismo. Crece mucho más por «atracción»: como Cristo «atrae a todos a sí» con la fuerza de su amor, que culminó en el sacrificio de la cruz, así la Iglesia cumple su misión en la medida en que, asociada a Cristo, realiza su obra conformándose en espíritu y concretamente con la caridad de su Señor”¹.

Más adelante, después de su renuncia al ejercicio activo del ministerio petrino, afirmó, en el mensaje enviado a la Universidad Urbaniana de Roma con motivo de la inauguración del Aula Benedicto XVI: “No anunciamos a Jesucristo para que nuestra comunidad tenga el máximo de miembros posibles, y ni mucho menos por el poder. Hablamos de Él porque sentimos el deber de transmitir la alegría que nos ha sido donada”².

Si nos remontamos a las raíces bíblicas de esta afirmación, aparte las referencias al corpus joánico dadas por el papa Benedicto tanto en la homilía como en el discurso, son fácilmente identificables algunas referencias veterotestamentarias:

“Sucederá en días futuros que el monte de la Casa de Yahvé será asentado en la cima de los montes y se alzarán por encima de las colinas. Confluirán a él todas las naciones, y acudirán pueblos numerosos. Dirán: «Venid, subamos al monte de Yahvé, a la casa del Dios de Jacob, para que él nos enseñe sus caminos y nosotros sigamos sus senderos.» Pues de Sión saldrá la Ley y de Jerusalén la palabra de Yahvé. Juzgará entre las gentes, será árbitro de pueblos numerosos. Forjarán de sus espadas azadones, y de sus lanzas podaderas. No levantará espada nación contra nación, ni se ejercitarán más en la guerra. Casa de Jacob, andando, y vayamos, caminemos a la luz de Yahvé” (Is 2,2-5; cf. Mi 4,1-5).

¹ https://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/homilies/2007/documents/hf_ben-xvi_hom_20070513_conference-brazil.html

² http://revteo-sapientiaetfidem.blogspot.it/2014_10_01_archive.html

En la comunidad eclesial se cumple de modo perfecto esta profecía: ella, en todas sus pequeñas y grandes parcelas, está llamada a fascinar, atraer y ser fermento de vida. Porque la Iglesia, el pueblo nacido de la Pascua de Jesús no crece por proselitismo sino por la fascinación –esto es lo que pedía Benedicto XVI– que ejercen los grupos de amigos y seguidores de Cristo con su vida. Y ello porque esa vida es la de quienes han sido fascinados por Dios y por su proyecto para la humanidad³.

El papa Benedicto insistió de manera constante a lo largo de su Pontificado en esta idea, característica también, por otra parte, de su pensamiento teológico: “Todavía no hemos hablado del rasgo más fundamental de la fe cristiana: su carácter personal. La fe cristiana es mucho más que una opción a favor del fundamento espiritual del mundo. Su enunciado clave no dice «creo en algo», sino «creo en ti.»⁴

Es decir, la fe es fundamentalmente *encuentro*; encuentro con un tú que me sostiene y que: “En medio de todas las carencias y de la última y definitiva carencia que comporta el encuentro humano, regala la promesa de un amor indestructible que no sólo ansía la eternidad, sino que la otorga”⁵.

Ello se convierte en fundamento de una profunda alegría, que requiere ser comunicada y aumenta en el acto de comunicarse: “Avanzamos en este Año de la fe llevando en el corazón la esperanza de redescubrir cuánta alegría hay en creer y de entusiasrnarnos por comunicar a todos las verdades de la fe”⁶.

Lo ha expresado claramente el papa Francisco en el número 37 de la carta encíclica *Lumen Fidei* (LF): “Quien se ha abierto al amor de Dios, ha escuchado su voz y ha recibido su luz, no puede retener este don para sí. La fe, puesto que es escucha y visión, se transmite también como palabra y luz. El apóstol Pablo, hablando a los Corintios, usa precisamente estas dos imágenes. Por una parte dice: «Pero teniendo el mismo espíritu de fe, según lo que está escrito: *Creí, por eso hablé*, también nosotros creemos y por eso hablamos» (2 Co 4,13). La palabra recibida se convierte en respuesta, confesión y, de este modo, resuena para los otros, invitándolos a creer. Por otra parte, san Pablo se refiere también a la luz: «Reflejamos la gloria del Señor y nos vamos transformando en su imagen» (2 Co 3,18). Es una luz que se refleja de rostro en rostro, como Moisés reflejaba la gloria de Dios después de haber hablado con él: «[Dios] ha brillado en nuestros corazones, para que resplandezca el conocimiento de la gloria de Dios reflejada en el rostro de Cristo» (2 Co 4,6). La luz de Cristo brilla como en un espejo en el rostro de los cristianos, y así se difunde y llega hasta nosotros, de modo que también nosotros podamos participar en esta visión y reflejar a otros su luz, igual que en

³ “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus Caritas Est* -DCE-, 1).

⁴ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo. Lecciones sobre el credo apostólico*, Sígueme, Salamanca 2007, 71.

⁵ Ib.

⁶ BENEDICTO XVI, *Audiencia general, sala Pablo VI, 21 de noviembre de 2012* (para las audiencias durante el año de la fe, tomamos el texto de la edición completa de las mismas preparada por Ana Hidalgo: BENEDICTO XVI, *Deseo de Dios. Catequesis para el Año de la fe*, Ciudad Nueva, Madrid 2013).

la liturgia pascual la luz del cirio enciende otras muchas velas. La fe se transmite, por así decirlo, por contacto, de persona a persona, como una llama enciende otra llama. Los cristianos, en su pobreza, plantan una semilla tan fecunda, que se convierte en un gran árbol que es capaz de llenar el mundo de frutos”.

En este contexto, resuena oportuna la palabra de santa Teresa de Jesús. En el momento de emprender su oficio de escritora, tiene muy claro cuál es su objetivo: “Que sabe su majestad que, después de obedecer, es mi intención engolosinar las almas de un bien tan alto”⁷.

A estas alturas es bien sabido que la obediencia a sus confesores, tantas veces aludida por nuestra autora como motivo de su ser escritora, es más que nada, un recurso estratégico⁸. En realidad “en santa Teresa todo parte de una historia personal”⁹, de una experiencia desbordante que trae en sí la necesidad, la obligación -ahora sí- vital y no impuesta, de expresarse: Teresa es una mística y, como tal, necesita comunicar cuanto ha vivido, teniendo claramente en cuenta que: “Al asociar el calificativo de ‘mística’ a Teresa de Jesús, se quiere dar a entender que en ella prima la experiencia; eso sí, una experiencia que se torna fuente insobornable de conocimiento. Más que expresar lo que piensa, la carmelita aspira a comunicar lo que vive. Esta doctora crea teología mística partiendo de una experiencia que le desborda y no de principios teóricos que desconoce”¹⁰.

No existe, pues, otra forma de evangelizar que la de partir de una experiencia íntima de conocimiento de Cristo, fuente de alegría, que cambia la vida del individuo y la comunidad eclesial e impulsa a comunicar cuanto vivido y conocido. Mientras no asuma esto, el evangelizador no será tal, sino simple planificador y repetidor de una verdad incapaz de impactar en la sociedad.

La idea, evidentemente, no es nueva. Es esencial para la fe cristiana y ha sido recordada sin descanso por los últimos pontífices. Así, el 6 de enero de 2001, invitándonos a *remar más adentro*, san Juan Pablo II se expresaba con meridiana claridad, llamando a recorrer sin miedo el camino de una experiencia de oración seria y profunda como vía segura para el necesario encuentro con Cristo: “Se equivoca quien piense que el común de los cristianos se puede conformar con una oración superficial, incapaz de llenar su vida. Especialmente ante tantos modos en que el mundo de hoy

⁷ V 18,6; cf. V 21,12; CC 52. “Es sabedora además de la misión apostólica asociada a la tarea de componer textos. Le mueve el interés por ganar adeptos que se beneficien de la bondad y del amor de Dios” (E. GARCÍA ROJO, *Teresa de Jesús. El aval de la experiencia*: Revista de Espiritualidad 74 (2015) 267). Para los textos teresianos uso la edición crítica de *Obras completas* de M. HERRÁIZ, Sígueme, Salamanca 2015, con sus siglas y numeración de capítulos y párrafos.

⁸ “Nada le es tan natural como escribir: santa Teresa es una escritora nata [...]. No hay, pues, obligación que cumpla más a gusto, aunque ella continuamente recuerde que escribe por obediencia” (M^a J. MANCHO DUQUE, *Claves de la escritura teresiana*: Salamanca Revista de estudios 59 (2014) 109).

⁹ J. A. MARCOS, *La prosa teresiana. Lengua y literatura*, en: A. BARRIENTOS (DIR.), *Introducción a la lectura de santa Teresa*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2002, 291.

¹⁰ E. GARCÍA ROJO, *Teresa de Jesús. El aval...* 246; cf. M. HERRÁIZ, *Teresa de Jesús, maestra de experiencia*: Monte Carmelo 88 (1980) 269-304.

pone a prueba la fe, no sólo serían cristianos mediocres, sino «cristianos con riesgo». En efecto, correrían el riesgo insidioso de que su fe se debilitara progresivamente, y quizás acabarían por ceder a la seducción de los sucedáneos, acogiendo propuestas religiosas alternativas y transigiendo incluso con formas extravagantes de superstición. Hace falta, pues, que la educación en la oración se convierta de alguna manera en un punto determinante de toda programación pastoral”¹¹.

La oración “realizada en nosotros por el Espíritu Santo, nos abre, por Cristo y en Cristo, a la contemplación del rostro del Padre” (NMI, 32) y se convierte, por lo tanto, en ámbito primordial para “renovar [nuestro] encuentro personal con Cristo o, al menos [...] tomar la decisión de [dejarnos] encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso”¹².

Por su parte el papa Francisco pide *evangelizadores con Espíritu*, es decir: “Evangelizadores que oran y trabajan. Desde el punto de vista de la evangelización, no sirven ni las propuestas místicas sin un fuerte compromiso social y misionero, ni los discursos y praxis sociales o pastorales sin una espiritualidad que transforme el corazón [...]. Sin momentos detenidos de adoración, de encuentro orante con la Palabra, de diálogo sincero con el Señor, las tareas fácilmente se vacían de sentido, nos debilitamos por el cansancio y las dificultades, y el fervor se apaga” (EG, 262)¹³.

Y en *Lumen Fidei*, afirma: “La fe no es algo privado, una concepción individualista, una opinión subjetiva, sino que nace de la escucha y está destinada a pronunciarse y a convertirse en anuncio. En efecto, «¿Cómo creerán en aquel de quien no han oído hablar? ¿Cómo oirán hablar de él sin nadie que anuncie?» (Rom 10,14). La fe se hace entonces operante en el cristiano a partir del don recibido, del Amor que atrae hacia Cristo (cf. Gal 5,6), y le hace partícipe del camino de la Iglesia, peregrina en la historia hasta su cumplimiento. Quien ha sido transformado de este modo adquiere una nueva forma de ver, la fe se convierte en luz para sus ojos” (LF 22).

Trataré desde aquí de detallar cómo es descrito el encuentro que es la fe en el magisterio de Benedicto XVI –centrándome sobre todo en sus catequesis durante el año de la fe- y cómo santa Teresa es ejemplo vivo de ese encuentro. En una segunda parte presentaré los ámbitos esenciales en los que ese encuentro, también hoy, es posible y, finalmente, me detendré en las consecuencias para la vida de la persona que dicho encuentro tiene.

¹¹ S. JUAN PABLO II, *Novo Millenio Ineunte* (NMI), 34. De obligada lectura los números 32-34

¹² PAPA FRANCISCO, *Evangelii Gaudium* (EG), 3

¹³ San Juan Pablo II llama a: “Una oración intensa, pues, que sin embargo no aparta del compromiso en la historia: abriendo el corazón al amor de Dios, lo abre también al amor de los hermanos, y nos hace capaces de construir la historia según el designio de Dios” (NMI, 33).

ESTA ES NUESTRA FE

Dios es un tú

Los estudios sobre la teología de Joseph Ratzinger, hacen notar que “la referencia a la persona constituirá una de las constantes de su pensamiento teológico”¹⁴. Él mismo lo reconoce en sus memorias: “El encuentro con el personalismo [...] fue un acontecimiento que marcó profundamente mi itinerario espiritual, aun cuando el personalismo, en mi caso, se unió por sí solo al pensamiento de san Agustín”¹⁵.

Quisiera notar aquí la relación que, en su confesión personal, establece espontáneamente Joseph Ratzinger entre una corriente filosófica de la que es contemporáneo –el personalismo- y su *itinerario espiritual*, con la referencia inmediata a san Agustín y sus *Confesiones*.

En sus desarrollos teológicos, Ratzinger dejará claro desde bien temprano que el concepto de persona no es puramente filosófico, sino que tiene claras raíces en la Escritura y la reflexión cristiana sobre la naturaleza de Dios: “si la fe cristiana en Dios es ante todo opción por el primado del *Logos*, fe en la realidad de la inteligencia creadora que sostiene al mundo y lo precede, es también al mismo tiempo, como personificación de esa inteligencia, fe en que la idea original, cuyo ser pensado es el mundo, no es una conciencia anónima y neutral, sino libertad, amor creador y persona”¹⁶.

El personalismo impacta en el discurso del teólogo porque le aporta un cauce filosófico enraizado en la tradición cristiana que le permite reflexionar y presentar con rigor científico al mundo contemporáneo el dato de la fe. Pero hay, a mi juicio, algo más: el personalismo impacta en el itinerario espiritual de Joseph Ratzinger porque le permite dar forma filosófica, por tanto razonable y dialógica, a una profunda intuición de fe personal, de fe vivida. Por decirlo más claramente: me atrevo a afirmar que una profunda experiencia espiritual del Dios persona en el Ratzinger creyente, precede y acompaña la formulación de dicha experiencia en el Ratzinger teólogo, como acompañará al papa Benedicto.

En este punto resulta para mí particularmente evidente que la teología de Ratzinger y el magisterio de Benedicto XVI son palabra expresada con la calidez de un corazón que ha comprendido personalmente que Dios, como persona, “no sólo conoce sino que también ama, es creador porque es amor. Y como no sólo piensa, sino que también ama, sitúa a su pensamiento en la libertad de su propio ser, que lo ama y que lo sostiene porque lo ama. Volvemos, pues, una vez más a esa afirmación que preside

¹⁴ P. BLANCO SARTO, *La Teología de Joseph Ratzinger. Una introducción*, Palabra, Madrid 2011, 125.

¹⁵ Cita en ib.

¹⁶ J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo...*, 135.

nuestras reflexiones: es divino lo que no es aprisionado por lo máximo, lo que se deja aprisionar por lo pequeño”¹⁷.

En sus catequesis para el año de la fe, Benedicto XVI repetirá con frecuencia esta idea; por ejemplo, remontándose a la homilía pronunciada por Pablo VI al finalizar el Concilio Vaticano II¹⁸ afirma a continuación: “Por eso creo que debemos aprender la lección más sencilla y fundamental del Concilio: que el cristianismo consiste esencialmente en la fe en Dios, que es Amor trinitario, y en el encuentro personal y comunitario con Cristo, que orienta y guía la vida. Todo lo demás se reduce a ello. Lo importante hoy, precisamente como deseaban los padres conciliares, es que se vea –de nuevo y con claridad- que Dios está presente, nos cuida, nos responde”¹⁹.

La experiencia teresiana está sellada por esta misma fascinación, por ese mismo convencimiento en la realidad de un Dios personal que *está presente, nos cuida y nos responde*. Así, ponderando las virtudes de la oración e inmediatamente antes de definirla como *trato de amistad con quien sabemos nos ama*, afirma de Dios “que nadie le tomó por amigo que no se lo pagase”²⁰ y, un poco más adelante, estallando su relato en plegaria, exclama: “¡Oh bondad infinita de mi Dios, que me parece os veo y me veo de esta suerte! ¡Oh regalo de los ángeles, que toda me querría, cuando esto veo, deshacer en amaros! ¡Cuán cierto es sufrir vos a quien os sufre que estéis con él! ¡Oh qué buen amigo hacéis, Señor mío, cómo le vais regalando y sufriendo y esperáis a que se haga a vuestra condición, y tan de mientras le sufrís Vos la suya! Tomáis en cuenta, mi Señor, los ratos que os quiere, y con un punto de arrepentimiento olvidáis lo que os ha ofendido.

He visto esto claro por mí y no veo, Criador mío, por qué todo el mundo no se procure llegar a Vos por esta particular amistad: los malos –que no son de vuestra condición-, para que los hagáis buenos”²¹.

En su comentario al *Cantar de los Cantares*, afirmará todavía: “¡Oh cristianos e hijas mías! Despertemos ya, por amor del Señor, de este sueño, y miremos que aun no nos guarda para la otra vida el premio de amarle; en ésta comienza la paga ¡Oh Jesús mío! ¡Quién pudiese dar a entender la ganancia que hay de arrojarnos en los brazos de este Señor nuestro!”²².

¹⁷ Ib., 135-136.

¹⁸ Cf. *Audiencia general, Plaza de san Pedro, 10 de octubre de 2012*.

¹⁹ Ib.

²⁰ V 8,5.

²¹ V 8,6. Sostiene esta afirmación de la Santa un convencimiento implícito que Benedicto XVI ha explicitado al comentar la novedad de la fe de Israel en un Dios Padre: “no son los elementos del cosmos, las leyes de la materia, lo que en definitiva gobierna el mundo, sino que es un Dios personal quien gobierna las estrellas, es decir, el universo [...]. La vida no es un simple producto de las leyes y de la casualidad de la materia, sino que en todo, y al mismo tiempo por encima de todo, hay una voluntad personal, hay un Espíritu que en Jesús se ha revelado como amor” (BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Spe salvi* -SS-, 6).

²² MC 4,8.

Como acertadamente señaló Benedicto XVI en la catequesis dedicada a santa Teresa de Jesús durante la audiencia general del 2 de febrero de 2011: “Esta es la amistad que todos necesitamos y que debemos buscar de nuevo, día tras día. Que el ejemplo de esta Santa, profundamente contemplativa y eficazmente activa, nos impulse también a nosotros a dedicar cada día el tiempo adecuado a la oración, a esta apertura hacia Dios, a este camino para encontrar su amistad y así la verdadera vida; porque realmente muchos de nosotros deberían decir: «no vivo, no vivo realmente, porque no vivo la esencia de mi vida»”.

En definitiva: “La fe es creer en este amor de Dios que no decae frente a la maldad del hombre, frente al mal y a la muerte, sino que es capaz de transformar toda forma de esclavitud, de hacer posible la salvación. Así pues, tener fe es encontrar a este *Tú*, Dios, que me sostiene y me concede la promesa de un amor indestructible que no sólo aspira a la eternidad, sino que la da; es confiarme a Dios con la actitud del niño, el cual sabe bien que todas sus dificultades y todos sus problemas están a resguardo en el *tú* de su madre”²³.

Ésta ha sido la experiencia de santa Teresa, como ella misma confiesa: “Estando una noche en oración, comenzó el Señor a decirme algunas palabras, trayéndome a la memoria por ellas cuán mala había sido mi vida, que me hacían harta confusión y pena; porque, aunque no van con rigor, hacen un sentimiento y pena que deshacen, y siéntese más aprovechamiento de conocernos con una palabra de éstas que en muchos días que nosotros consideremos nuestra miseria, porque trae consigo esculpida una verdad que no la podemos negar... Me dijo que me acordase lo que le debía, que cuando yo le daba mayor golpe, estaba Él haciéndome mercedes” (V 38,16)²⁴.

Como muy acertadamente ha dicho el P. Salvador Ros, carmelita descalzo: “Justamente por eso, porque se ve delante de un Amor excesivo que desborda todo cálculo, esa luz le hace ver la gravedad de su vida anterior, su falta de amor, la perversión de su libertad, las numerosas ocasiones perdidas, y reconocer que la suya había sido una conversión tardía, largamente resistida: «¡Oh, qué tarde se han encendido mis deseos, y qué temprano andabais Vos, Señor, granjeando y llamando para que toda me emplease en Vos!» (E 4, 2)²⁵. Pero este lamento a la luz de la gracia, lejos de apocar sus deseos, los convierte en una auténtica osadía para pedirle a Dios que le devuelva el tiempo perdido: «Bien sabéis Vos, mi Dios, que entre todas mis miserias nunca dejé de conocer vuestro gran poder y misericordia. Válgame, Señor, esto en que no os he ofendido. Recuperad, Dios mío, el tiempo perdido con darme gracia en el presente y

²³ Audiencia general, Plaza de san Pedro, 24 de octubre de 2012. “El ser humano necesita un amor incondicionado” (SS 26).

²⁴ “¡Oh Señor de mi alma! ¡Cómo podré encarecer las mercedes que en estos años me hicisteis! Con regalos grandes castigabais mis delitos” (V 7,19). “El *eros* de Dios para con el hombre, como hemos dicho, es a la vez *agapé*. No sólo porque se da del todo gratuitamente, sin ningún mérito anterior; sino también porque es amor que perdona” (DCE 10).

²⁵ Expresiones que son un eco inconfundible del «tarde te amé» agustiniano: cf. *Confesiones* X, 27, 38 (nota del autor).

porvenir, para que parezca delante de Vos con vestiduras de bodas, pues, si queréis podéis»” (E 4,2)²⁶.

Creo en Dios, me relaciono con él

“El personalismo de Ratzinger es relacional: no solo ontológico, sino también dialógico y teológico”²⁷. Efectivamente, como el mismo Pablo Blanco nota, son muchos los pasos de la obra de Joseph Ratzinger en los que explicita el carácter dialogal del concepto de persona, siendo particularmente claro este de la *Introducción al cristianismo*: “En la idea de ‘hacer referencia a’ de la palabra y del amor (al margen del concepto de sustancia y no encasillado entre los ‘accidentes’) el pensamiento cristiano ha encontrado la médula del concepto de persona, que es muy distinto e infinitamente mayor del de ‘individuo’. Escuchemos a Agustín: «En Dios no hay accidentes, sino solo sustancia y relación.» En estas palabras se esconde una imagen revolucionaria del mundo: se quiebra el dominio total de la idea de sustancia y concibe la relación como una forma primigenia del mismo rango que la sustancia. Así se puede superar lo que hoy llamamos ‘pensamiento objetivante’ y se nos revela una nueva dimensión del ser”²⁸.

Si acudimos de nuevo a las catequesis para el año de la fe, encontramos explicitada esta concepción de Dios “que no es solo Logos, sino *dia-logos*”²⁹, en el magisterio de Benedicto XVI: “El Credo comienza así: «Creo en Dios.» Es una afirmación fundamental, aparentemente sencilla en su carácter esencial, pero abre al mundo infinito de la relación con el Señor y con su misterio. Creer en Dios implica adhesión a Él, acoger su palabra y obedecer con gozo a su revelación”³⁰.

Como explica más adelante el papa Benedicto, afirmar la fe en Dios es un don, pues es Él quien se revela y viene a nuestro encuentro pero, al mismo tiempo, es una gracia y una responsabilidad humana: Dios, como afirma el Concilio Vaticano II en *Dei Verbum*, 2, “habla a los hombres como amigos”, por amor, y nosotros estamos llamados a acoger su palabra para fundar en ella nuestra vida.

Para el creyente, la actitud de María ante la palabra que Dios pronuncia sobre ella, es ejemplo seguro en el que fijar la mirada para vivir de este modo la fe, fuente de alegría que en ella “proviene de la gracia; es decir, proviene de la comunión con Dios, del tener una conexión vital con Él, del ser morada del Espíritu Santo, totalmente plasmada por la acción de Dios [...]. Ella vive totalmente *de la* relación y *en* relación

²⁶ Conferencia: *La experiencia fundante de santa Teresa: encuentro y conversión*, dictada en el Congreso: “As voltas con Deus no seculo XXI”, Domus Carmeli, Fátima (Portugal), 17 de octubre de 2015 (pendiente de publicación).

²⁷ P. BLANCO SARTO, *La Teología...*, 133.

²⁸ La cita en ib. 133-134.

²⁹ Ib., 134. “Dios es en absoluto la fuente originaria de cada ser; pero este principio creativo de todas las cosas -el Logos, la razón primordial- es el mismo tiempo un amante con toda la pasión de un verdadero amor” (DCE, 10)

³⁰ *Audiencia general, sala Pablo VI, 23 de enero de 2013.*

con el Señor; está en actitud de escucha, atenta a captar los signos de Dios en el camino de su pueblo”³¹.

En santa Teresa, como es lógico, no encontraremos explícitamente desarrollados estos conceptos de persona y relación para expresar su manera de vivir la fe. Pero hay en ella un término que, a mi parecer, incluye ambos: *amistad*.

Ella ha conocido el mal que crean algunas amistades del mundo y cómo imprime figura³², apartando –aun de modo inconsciente- de las cosas buenas. Pero ha experimentado también, por gracia, cómo Dios sale al encuentro del hombre como amigo, para liberarle plenamente, para llenarle de bienes: “siempre tengamos memoria que tenemos de Dios el ser y que nos crió de nada y que nos sustenta y todos los demás beneficios de su muerte y trabajos, que mucho antes que nos criase los tenía hechos por cada uno de los que ahora viven”. Este amor apasionado de Dios que sale gratuitamente al encuentro de la persona³³ y que ella ha experimentado en carne propia la lleva a la exaltación más gozosa: “¡Bendito sea Él, y con cuanta razón me lo hubiera quitado a mí! Pues no me mandó lo dejase y, cuando lo comencé, no me echó en el profundo, a buen seguro que no lo quite a nadie; antes públicamente nos llama a voces”³⁴.

“Mirad [–ha dicho un poco antes-], que convida el Señor a todos; pues es la Verdad, no hay que dudar. Si no fuera general este convite no los llamara Dios a todos, y aunque los llamara no dijera ‘yo os daré de beber’”³⁵.

De frente a ello, la persona, independientemente de cuál sea su historia, ha de aferrarse a la mano que se le ofrece, a la amistad que se le brinda: “¡Oh Señor del cielo y de la tierra, que es posible que aun estando en esta vida mortal se pueda gozar de Vos con tan particular amistad! ¡Y que tan a la claras lo diga el Espíritu Santo en estas palabras, y que aún no lo queramos entender! ¡Qué son los regalos con que tratáis con las almas en estos *Cánticos*! ¡Qué requiebros, qué suavidades!, que había de bastar una palabra de estas a deshacernos en Vos”³⁶.

Seáis bendito, Señor, que por vuestra parte no perderemos nada ¡Qué de caminos, por qué de maneras, por qué de modos nos mostráis el amor! Con trabajos, con muerte áspera, con tormentos, sufriendo cada día injurias y perdonando. Y no sólo

³¹ Audiencia general, sala Pablo VI, 19 de diciembre de 2012.

³² Cf. V 2,4; 37,4 (para todo este paso, cf. S. CASTRO, *Ser cristiano según santa Teresa*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1985, 171-174).

³³ Cf. E 7

³⁴ CE 33,2.

³⁵ CE 32,7

³⁶ “El sentido de sus cantos de amor [del *Cantar*] describen en el fondo la relación de Dios con el hombre y del hombre con Dios. De este modo, tanto en la literatura cristiana como en la judía, el *Cantar de los Cantares* se ha convertido en una fuente de conocimiento y de experiencia mística, en la cual se expresa la esencia de la fe bíblica: se da ciertamente una unificación del hombre con Dios -sueño originario del hombre-, pero esta unificación no es un fundirse juntos, un hundirse en el océano anónimo del Divino; es una unidad que crea amor, en la que ambos -Dios y el hombre- siguen siendo ellos mismos y, sin embargo, se convierten en una sola cosa: «El que se une al Señor, es un espíritu con él», dice san Pablo (1 Cor 6,17)” (DCE 10).

con esto, sino con unas palabras tan heridoras para el alma que os ama, que le decís en estos *Cánticos* y la enseñáis que os diga, que no sé yo cómo se pueden sufrir, si Vos no ayudáis para que las sufra quien las siente, no como ellas merecen, sino conforme a nuestra flaqueza”³⁷.

Tu rostro buscaré, Señor.

En los textos teresianos encontramos dos cuestiones implícitas de mucho interés. En primer lugar, la afirmación de un Dios que es misericordioso: su oferta de diálogo con el hombre no se limita a una llamada que no se repite o que no admite vueltas atrás; su llamada es constante porque es la llamada de un Padre: “Él es Padre”, dice categóricamente el papa Benedicto y ello “porque nos ha bendecido y elegido antes de la creación del mundo (cf. Ef 1,3-6), nos ha hecho realmente hijos de Él en Jesús (cf. 1 Jn 3,1). Y, como Padre, Dios acompaña con amor nuestra existencia, dándonos su Palabra, su enseñanza su gracia, su Espíritu” y ello incondicionalmente pues “El amor de Dios Padre no desfallece nunca, no se cansa de nosotros; es amor que da hasta el extremo, hasta sacrificar a sí Hijo [...]. De modo que, cuando decimos ‘Creo en Dios Padre todopoderoso’, expresamos nuestra fe en el poder del amor de Dios, que, en su Hijo muerto y resucitado derrota el odio, el mal, el pecado y nos abre a la vida eterna, la de los hijos de Dios que desean estar para siempre en la *Casa del Padre* [...], es siempre un acto de fe, de conversión, de transformación de nuestro pensamiento, de todo nuestro afecto y de todo nuestro modo de vivir”³⁸.

Ser conocidos y amados por Dios nos hace crecer en el ser, había dicho Joseph Ratzinger³⁹; y la línea de ese crecimiento apunta claramente a Cristo: “Aquí [-afirmaba comentando el capítulo 15 de la Carta a los Corintios-] está representada con toda claridad la tensión interior del ser humano entre fango y espíritu, tierra y cielo, origen terreno y futuro divino. Esta tensión del ser humano en el tiempo y más allá del tiempo pertenece a la esencia del hombre. Y esta tensión lo determina precisamente en medio de la vida de este tiempo. Él está siempre en camino hacia sí mismo o se aleja de sí mismo; está en camino hacia Cristo o se aleja de él. Se acerca a su imagen originaria o la esconde y la arruina”⁴⁰. Esta es la segunda cuestión que los textos teresianos dejan entrever.

El hombre que quiere ver a Dios, porque ha escuchado su llamada a la plenitud, descubre, porque así le es revelado, que “Dios tiene un rostro, es decir, que es un *Tú* que puede entrar en relación, que no está cerrado en su Cielo mirando desde lo alto a la humanidad. Ciertamente que Dios está sobre todas las cosas, pero se dirige a nosotros, nos escucha, nos ve, habla, sella alianza, es capaz de amar”⁴¹.

³⁷ MC 3,14.

³⁸ *Audiencia general, sala Pablo VI, 30 de enero de 2013.*

³⁹ P. BLANCO SARTO, *La Teología...*, 135.

⁴⁰ Cita en *ib.*, 137.

⁴¹ *Audiencia general, sala Pablo VI, 16 de enero de 2013.*

¿No es todo el Antiguo Testamento como una historia de amor? Así han sabido leerlo los profetas, particularmente Oseas, y así ha sabido leerlo la tradición de la Iglesia⁴², en la que se inserta Teresa, como hemos visto, al comentar el *Cantar de los Cantares*. Dios se acerca al hombre y el hombre quiere ver su rostro, quiere ver al Padre (cf. Jn 14,8); “Jesús responde no solo a Felipe, sino también a nosotros, y nos introduce en el núcleo de la fe cristológica. El Señor afirma: «Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn 14,9). Esta expresión encierra sintéticamente la novedad del Nuevo Testamento, la novedad que apareció en la gruta de Belén: Dios se puede ver, Dios manifestó su rostro, es visible en Jesucristo”⁴³.

Si volvemos a la experiencia teresiana, encontramos en ella un profundo sello cristológico. La llamada y el encuentro con Dios se realiza en santa Teresa a través de Cristo. Como ha dicho el papa Francisco en *Lumen Fidei*: “La conexión entre el ver y el escuchar, como órganos de conocimiento de la fe, aparece con toda claridad en el Evangelio de san Juan. Para el cuarto Evangelio, creer es escuchar y, al mismo tiempo, ver. La escucha de la fe tiene las mismas características que el conocimiento propio del amor: es una escucha personal, que distingue la voz y reconoce la del Buen Pastor (cf. Jn 10,3-5); una escucha que requiere seguimiento, como en el caso de los primeros discípulos, que «oyeron sus palabras y siguieron a Jesús» (Jn1,37). Por otra parte, la fe está unida también a la visión. A veces, la visión de los signos de Jesús precede a la fe, como en el caso de aquellos judíos que, tras la resurrección de Lázaro, «al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él» (Jn 11,45). Otras veces, la fe lleva a una visión más profunda: «Si crees, verás la gloria de Dios » (Jn 11,40). Al final, creer y ver están entrelazados: «El que cree en mí [...] cree en el que me ha enviado. Y el que me ve a mí, ve al que me ha enviado» (Jn 12,44-45). Gracias a la unión con la escucha, el ver también forma parte del seguimiento de Jesús, y la fe se presenta como un camino de la mirada, en el que los ojos se acostumbran a ver en profundidad. Así, en la mañana de Pascua, se pasa de Juan que, todavía en la oscuridad, ante el sepulcro vacío, «vio y creyó» (Jn 20,8), a María Magdalena que ve, ahora sí, a Jesús (cf. Jn 20,14) y quiere retenerlo, pero se le pide que lo contemple en su camino hacia el Padre, hasta llegar a la plena confesión de la misma Magdalena ante los discípulos: «He visto al Señor» (Jn 20,18)”⁴⁴.

Para Teresa “tiene en tanto este Señor nuestro que le queramos y procuremos su compañía, que una vez u otra no nos deja de llamar para que nos acerquemos a él; y es esta voz tan dulce que se deshace la pobre alma en no hacer luego lo que le manda; y así, como digo, es más trabajo que no lo oír”⁴⁵. No es esta voz la de *otras voces* y *llamamientos*, como aclara seguidamente sino el silbo del Buen Pastor: “y tiene tanta

⁴² “Por eso podemos comprender que la recepción del *Cantar de los Cantares* en el canon de la Sagrada Escritura se haya justificado muy pronto, porque el sentido de sus cantos de amor describen en el fondo la relación de Dios con el hombre y del hombre con Dios” (DCE 10).

⁴³ Ib.

⁴⁴ LF 30.

⁴⁵ 2M 1,2.

fuerza este silbo del pastor, que desamparan las cosas exteriores en que estaban enajenados y métense en el castillo”⁴⁶.

Por ello su conversión está centrada en Cristo. Cuando Teresa entra en la Encarnación, venciendo todas las resistencias imaginables⁴⁷, reconoce ser movida más de un temor servil que de un verdadero amor. Su pasión por la verdad hace que no oculte en ningún momento sus reales motivaciones para ingresar en el monasterio: “En esta batalla [la de ser monja] estuve tres meses, forzándome a mí misma con esta razón: que los trabajos y pena de ser monja no podía ser mayor que la del purgatorio, y que yo había bien merecido el infierno; que no era mucho estar lo que viviese como en purgatorio, y que después me iría derecha al cielo, que éste era mi deseo”⁴⁸.

En el gran beaterio abulense vivirá una experiencia ambigua. Los primeros momentos son muy positivos; pronto, la abierta oposición de su padre, que se negaba a aceptar la situación, se transforma en sincera bendición, y Teresa se halla feliz en el monasterio⁴⁹.

El 3 de noviembre de 1537 hará la profesión, que vive como un desposorio, pero está lejos de avistar lo que ello significa. Está inmersa en un *pequeño mundo* que, en reducidas dimensiones y habitado exclusivamente por mujeres, reproduce la sociedad exterior: diferencia de clases, barahúnda de visitas –oportunas e inoportunas-, salidas y entradas innecesarias, frivolidad y apariencia, pobreza impuesta para las de clases más bajas a causa de la ausencia de limosnas, etc.⁵⁰. A ello hay que añadir que tampoco el corazón de Teresa había aprendido del todo a abrir los ojos, a mirar hacia fuera: “Era aficionada a todas las cosas de religión, mas no a sufrir ninguna que pareciese menosprecio. Holgábame de ser estimada. Era curiosa en cuanto hacía”⁵¹.

Al poco tiempo, su salud quebradiza se resiente y ha de salir del monasterio, de la mano de su padre, en busca de un remedio que ponga fin a su penoso estado. En ese período se detiene de nuevo con su tío Pedro en Hortigosa, quien le da a leer el *Terceer Abecedario* de Francisco de Osuna.

Superada, al menos relativamente, la enfermedad, Teresa regresa al monasterio; allí se aferrará a la oración, aunque las costumbres de la Encarnación no le permitirán vivirla con la intensidad que desea, hasta el punto de abandonarla para volverla después

⁴⁶ 4M 3,2; cf. 6M 2,2.

⁴⁷ “Acuérdaseme, a todo parecer y con verdad, que cuando salí de casa de mi padre no creo será más el sentimiento cuando me muera; porque me parece cada hueso se me apartaba por sí, que, como no había amor de Dios que quitase el amor del padre y parientes, era todo haciéndome una fuerza tan grande que, si el Señor no me ayudara, no bastaran mis consideraciones para ir adelante” (V 4,1).

⁴⁸ V 3,6.

⁴⁹ V 4,2.

⁵⁰ No sería justo presentar el monasterio de la Encarnación como un lugar absolutamente desbaratado en el que mujeres hacinadas sobreviven como pueden sin interés alguno para lo religioso. La Encarnación era un beaterio normal y en él vivieron mujeres de altísima calidad espiritual y humana. Pero el excesivo número de monjas, la situación económica exterior y la reproducción de las estructuras sociales imperantes, complicaba enormemente la vida regular.

⁵¹ V 5,1.

a recuperar⁵². La descripción que de esta etapa hace Teresa es vivísima y puede condensarse con esta fuerte expresión: “Deseaba vivir –que bien entendía que no vivía, sino que peleaba con una sombra de muerte-, y no había quien me diese vida, y no la podía yo tomar; y quien me la podía dar tenía razón de no socorrerme, pues tantas veces me había tornado a sí y yo dejádole”⁵³.

Por fin, en la cuaresma de 1554, delante de un Cristo muy llagado, siente llegar a sí la vida ansiada⁵⁴: “Pues ya andaba mi alma cansada y, aunque quería, no la dejaban descansar las ruines costumbres que tenía. Acaeciome que, entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído allí a guardar, que se había buscado para cierta fiesta que se hacía en la casa. Era de Cristo muy llagado y tan devota que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojeme cabe él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle”⁵⁵.

Concluamos este apartado escuchando de nuevo a Benedicto XVI: “Lo importante es que sigamos a Cristo no sólo en el momento en que lo necesitamos y cuando encontramos un rato en nuestras tareas diarias, sino con nuestra vida como tal. Toda nuestra existencia debe estar orientada al encuentro con Jesucristo, al amor a Él; y en ella debe ocupar también un lugar central el amor al prójimo, ese amor que, a la luz del Crucificado, nos hace reconocer el rostro de Jesús en el pobre, en el débil, en el que sufre. Esto sólo es posible si el rostro auténtico de Jesús se ha vuelto familiar para nosotros en la escucha de su Palabra, en el diálogo interior, entrando en esa palabra de manera que lo encontremos realmente y, por supuesto, en el misterio de la Eucaristía”⁵⁶.

⁵² Cf. V 6,9-8,4.

⁵³ V 8,13.

⁵⁴ Sin olvidar el profundo impacto que en ella ha provocado ya la lectura de las *Confesiones*, al que hace referencia en este mismo capítulo 9 del *Libro de la Vida*. La lectura de Agustín había preparado sin duda a la Santa al encuentro-conversión ante el Cristo muy llagado.

⁵⁵ Cf. V 9,1. En realidad estos pocos párrafos no hacen justicia a la hondura cristológica de la vida y doctrina de santa Teresa. Como ha dicho Benedicto XVI, “Otro tema importante para la santa es la centralidad de la humanidad de Cristo. Para Teresa, de hecho, la vida cristiana es una relación personal con Jesús, que culmina en la unión con él por gracia, por amor y por imitación” (Audiencia general, sala Pablo VI, 2 de febrero de 2011; cf. S. CASTRO, *Cristología teresiana*, Editorial de Espiritualidad, 2009).

⁵⁶ Audiencia general, sala Pablo VI, 16 de enero de 2013.

LA FE, FUENTE DE VIDA, DE ALEGRÍA

El don más valioso

“Quisiera que cada uno de vosotros sintiera la alegría de ser cristiano. En una bella oración para recitar a diario por la mañana se dice: «Te adoro, Dios mío, y te amo con todo el corazón. Te doy gracias por haberme creado, hecho cristiano...» Sí, alegrémonos por el don de la fe; es el bien más valioso, que nadie nos puede arrebatar. Por ello demos gracias al Señor cada día con la oración y con una vida cristiana coherente. Dios nos ama, pero espera que también nosotros lo amemos”.

Estas palabras, pronunciadas en la última audiencia pública de Benedicto XVI⁵⁷ constituyen, en su sencillez, una clave de interpretación no ya de su pensamiento, sino, lo que es más importante a mi parecer, de su itinerario espiritual que, me atrevo a decir, se presentan ante nosotros más que como la simple –por más que importante- apelación del Sumo Pontífice, como la palabra de un testigo por cuya vida Dios ha pasado dejando una huella profunda.

No hay nada que comunicar sobre el Dios de Jesucristo si no se parte de esta alegre experiencia de la fe vivida personalmente y en el seno de la comunidad que es la Iglesia: Dios me ama incondicionalmente⁵⁸, no se cansa de hacerlo y lo ha manifestado definitivamente en la vida de Cristo, muerto y resucitado por mí, por nosotros. Ello es motivo de alegría primero, pero a ella deben seguirle la acción de gracias y la comunicación de esa fuente de gozo a los otros, no sólo con la palabra sino también y sobre todo con las obras, al estilo de Jesús, y ello porque, definitivamente, “Él nos dice quién es en realidad el hombre y qué debe hacer para ser verdaderamente hombre. Él nos indica el camino y este camino es la verdad”⁵⁹.

Así, quien tiene y vive la fe en Cristo resucitado está llamado a convertirse en un punto de referencia para todos los demás, poniéndolos en contacto con la persona y el mensaje de Jesús, que revela el rostro del Dios viviente.

Este testimonio de fe es requerido de una manera aún más fuerte en nuestro tiempo. Así lo reclama Benedicto XVI: “nuestro tiempo requiere cristianos que hayan sido aferrados por Cristo, que crezcan en la fe gracias a la familiaridad con la Sagrada Escritura y los sacramentos. Personas que sean poco menos que un libro abierto que narra la experiencia de la vida nueva en el Espíritu, la presencia de ese Dios que nos sostiene en el camino y nos lleva hacia la vida que nunca tendrá fin”⁶⁰.

Santa Teresa es sin duda uno de esos *libros abiertos*. El papa Benedicto, en la catequesis que le dedicó y venimos citando, afirmaba: “como escritora, siempre se atuvo

⁵⁷ Plaza de san Pedro, 27 de febrero de 2013.

⁵⁸ “El primer pensamiento de Dios era encontrar un amor que respondiera a su amor” (*Audiencia general, sala Pablo VI, 6 de febrero de 2013*).

⁵⁹ SS 6.

⁶⁰ *Audiencia general, plaza de san Pedro, 24 de octubre de 2012*.

a lo que personalmente había vivido o había visto en la experiencia de otros (cf. Prólogo al *Camino de perfección*), es decir, a la experiencia” y así, sigue el Pontífice emérito, su objetivo en el *Libro de la Vida* “es poner de relieve la presencia y la acción de Dios misericordioso en su vida: por esto, la obra refiere a menudo su diálogo de oración con el Señor. Es una lectura que fascina, porque la Santa no solo cuenta, sino que muestra que revive la experiencia profunda de su relación con Dios”⁶¹.

Como testigo, llama a otros a ser testigos y se lamenta de los cristianos que temen nadar *contracorriente*⁶²: “Este concierto querría hiciésemos los cinco⁶³ que al presente nos amamos en Cristo, que como otros en estos tiempos se juntaban en secreto para contra Su Majestad y ordenar maldades y herejías, procurásemos juntarnos alguna vez para desengañar unos a otros, y decir en lo que podríamos enmendarnos y contentar más a Dios; que no hay quien tan bien se conozca a sí como conocen los que nos miran, si es con amor y cuidado de aprovecharnos.

Digo ‘en secreto’, porque no se usa ya este lenguaje. Hasta los predicadores van ordenando sus sermones para no descontentar. Buena intención tendrán y la obra lo será; mas ¡así se enmiendan pocos! Mas ¿cómo no son muchos los que por los sermones dejan los vicios públicos? ¿Sabe qué me parece? Porque tienen mucho seso los que los predicán. No están sin él, con el gran fuego de amor de Dios, como lo estaban los Apóstoles, y así calienta poco esta llama. No digo yo sea tanta como ellos tenían, mas querría que fuese más de lo que veo. ¿Sabe vuestra merced en qué debe ir mucho? En tener ya aborrecida la vida y en poca estima la honra; que no se les daba más a trueco de decir una verdad y sustentarla para gloria de Dios perderlo todo, que ganarlo todo; que a quien de veras lo tiene todo arriscado por Dios, igualmente lleva lo uno que lo otro. No digo yo que soy ésta, mas querríalo ser”⁶⁴.

Beber de esta fuente

Para que crezca y dé fruto, es necesario alimentar la fuente de la fe, acrecentar la amistad con Dios en unos ámbitos muy concretos.

Es fundamental, de la mano del magisterio de Benedicto XVI, comprender estos ámbitos allá donde son vividos auténticamente: la Iglesia, “*maestra de humanidad*, que, a través del anuncio de la Palabra, la celebración de los sacramentos y las obras de caridad, nos lleva a encontrar y conocer a Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre”⁶⁵. Debe ser siempre claro para el creyente que “no puedo construir mi fe personal en un diálogo privado con Jesús, porque la fe me la da Dios a través de una

⁶¹ Audiencia general, sala Pablo VI, 2 de febrero de 2011.

⁶² “El cristiano no debe tener miedo a ir a *contracorriente* para vivir su fe, resistiendo la tentación de uniformarse” (BENEDICTO XVI, Audiencia General, sala Pablo VI, 23 de enero de 2013).

⁶³ Los cinco que al presente nos amamos en Cristo: es el grupo de íntimos de esas fechas: 1562-1565. Lo forman: García de Toledo, F. de Salcedo, D. Báñez... y quizás P. Ibáñez (aún en vida), el maestro Daza y Doña Guiomar de Ulloa.

⁶⁴ V 16, 7.

⁶⁵ Audiencia general, plaza de san Pedro, 17 de octubre de 2012.

comunidad creyente que es la Iglesia”; con sus debilidades, limitaciones y dificultades, el cristiano que “se deja guiar y plasmar poco a poco por la fe de la Iglesia [...], se convierte en una especie de ventana abierta a la luz del Dios vivo que recibe esta luz y la transmite al mundo”⁶⁶.

Los ámbitos en los que dicha relación puede madurar y encontrar renovados fundamentos, están bien señalados en el magisterio pontificio de Benedicto XVI y de ellos encontramos, lógicamente, profundas huellas en su quehacer teológico previo; nos referiremos únicamente a dos⁶⁷.

En primer lugar, la Sagrada Escritura. No sólo hallamos en Joseph Ratzinger-Benedicto XVI la evidente recurrencia a la Biblia como *fuentes* para sus disertaciones, hay algo más. El entonces cardenal Ratzinger se declaraba en 2002 “un diligente lector de la Sagrada Escritura”, afirmando que su teología había tenido siempre “un carácter bíblico”⁶⁸. En el acercamiento de Joseph Ratzinger a la Escritura, no priva sin embargo una visión exclusivamente científica que nunca es rechazada, pero sí situada en sus límites para evitar que termine por debilitar el texto al tomar un camino erróneo. En él, Escritura, razón e Iglesia se muestran como instancias complementarias⁶⁹ y la Biblia se convierte así en un espacio para el diálogo en el que escuchar la voz de Dios, su Palabra: “¿Dónde podemos escuchar a Dios y su Palabra? Es fundamental la Sagrada Escritura, donde la Palabra de Dios se hace audible para nosotros y alimenta nuestra vida de *amigos* de Dios”⁷⁰.

Es incuestionable la llamada a una lectura orante que se percibe en este texto de Benedicto XVI. Como él mismo nota: “la Sagrada Escritura es el lugar privilegiado para descubrir los acontecimientos de este camino [...]. Leyendo el Antiguo Testamento podemos ver que las intervenciones de Dios en la historia del pueblo que ha elegido y con el que sella una alianza no son hechos que pasan y caen en el olvido, sino que se transforman en *memoria*, constituyen juntos la *historia de la salvación*, que se mantiene viva en la conciencia del pueblo de Israel”⁷¹.

Así, no se cansa el papa Benedicto de invitarnos a “acudir con más frecuencia a la Biblia para leerla y meditarla y a prestar mayor atención a las lecturas de la misa dominical”, pues “todo ello constituye un alimento precioso para nuestra fe”, no sólo porque nos convertimos en contempladores o simples lectores de las maravillas que Dios ha hecho en otros, sino porque fortalece “la memoria del Dios siempre fiel que

⁶⁶ Audiencia general, plaza de san Pedro, 31 de octubre de 2012.

⁶⁷ No hablo aquí de la oración, muy presente en el magisterio de Benedicto XVI (aparte de la serie de excelentes catequesis que dedicó a la misma, es altamente recomendable la lectura de los números 32-54 de SS) y de la que Teresa es maestra, ya que el argumento ha sido tratado extensamente por otros participantes en el Congreso.

⁶⁸ Cf. P. BLANCO SARTO, *La Teología...*, 81.

⁶⁹ Cf. ib. 81-100, de lectura muy provechosa para la comprensión de este paso y que hemos leído con mucho interés y agrado, como todo el libro.

⁷⁰ Audiencia general, sala Pablo VI, 23 de enero de 2013.

⁷¹ Audiencia general, sala Pablo VI, 12 de diciembre de 2012.

guía la historia y constituye el fundamento seguro y estable en el que apoyar nuestra vida”⁷².

Así lo ha vivido la Virgen María⁷³, quien “entra en íntimo diálogo con la Palabra de Dios que se le ha anunciado”⁷⁴. Podemos traer aquí oportunamente las palabras de papa Francisco en *Lumen Fidei*: “para Israel, la luz de Dios brilla a través de las obras realizadas por el Señor [...]. Aprendemos así que la luz de la fe está vinculada al relato concreto de la vida, al recuerdo agradecido de los beneficios de Dios y al cumplimiento progresivo de sus promesas”⁷⁵.

Es éste el movimiento que encontramos también en la Madre Teresa de Jesús: “Pareceros ha, hermanas, que está dicho tanto en este camino espiritual, que no es posible quedar nada por decir. Harto desatino sería pensar esto; pues la grandeza de Dios no tiene término, tampoco le tendrán sus obras. ¿Quién acabará de contar sus misericordias y grandezas? Es imposible, y así no os espantéis de lo que está dicho y se dijere, porque es una cifra de lo que hay que contar de Dios. Harta misericordia nos hace que haya comunicado estas cosas a persona que las podamos venir a saber, para que mientras más supiéremos que se comunica con las criaturas, más alabaremos su grandeza y nos esforzaremos a no tener en poco almas con que tanto se deleita el Señor, pues cada una de nosotras la tiene, sino que como no las preciamos como merece criatura hecha a la imagen de Dios, así no entendemos los grandes secretos que están en ella.

Plega a Su Majestad, si es servido, menea la pluma y me dé a entender cómo yo os diga algo de lo mucho que hay que decir y da Dios a entender a quien mete en esta morada. Harto lo he suplicado a Su Majestad, pues sabe que mi intento es que no estén ocultas sus misericordias, para que más sea alabado y glorificado su nombre”⁷⁶.

Es decir, santa Teresa lee su vida a la luz de la misericordia de Dios, que ha visto derramada sobre su vida y la vida de otros, reconociéndole como Señor de la historia y también de su historia personal. Ello ha permitido encontrar ecos de la Escritura en el relato de su vida⁷⁷ e incluso iluminar toda su obra como el relato de una *historia de salvación* que discurre en paralelo a la Biblia⁷⁸.

⁷² Ib.

⁷³ Cf. ib.

⁷⁴ Audiencia general, sala Pablo VI, 19 de diciembre de 2012.

⁷⁵ LF 12.

⁷⁶ 7M 1,1.

⁷⁷ Así lo ha hecho la carmelita descalza Pilar Huerta en *El telar de la Palabra. Ecos bíblicos en la autobiografía teresiana*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2013.

⁷⁸ Entre otros muchos trabajos del autor en esta línea, novedosos y muy sugerentes todos ellos en el campo de la hermenéutica teresiana: S. CASTRO, *El fulgor de la Palabra. Nueva comprensión de Teresa de Jesús*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2012. No hay que olvidar que, a pesar de la problemática que rodeaba el acceso a la Biblia para santa Teresa en su tiempo, comentó al menos dos pasajes de la Escritura (el *Cantar* y el *Paternoster*) y toda su obra aparece trufada de citas y referencias bíblicas o alusiones a personajes de la Biblia, como puede verse claramente en: S. CASTRO, *Ser cristiano...*, 386-387).

Otro ámbito fundamental en el que cultivamos y acrecentamos la fe son, evidentemente, los sacramentos⁷⁹, en particular la Eucaristía: “También para nosotros la Eucaristía es la gran escuela en la que aprendemos a ver el rostro de Dios, entramos en relación íntima con él”⁸⁰.

Como lugar de la presencia eminente de Cristo, la Eucaristía será para santa Teresa un espacio fundamental para el encuentro con él. Para ella se trata, explícitamente, de una presencia dialogal, de una escuela del discípulo; no lo razona con argumentos teológicos, sino a la luz de su propia experiencia, como es su costumbre: “Era yo muy devota de la gloriosa Magdalena y muy muchas veces pensaba en su conversión, en especial cuando comulgaba, que como sabía estaba allí cierto el Señor dentro de mí, poníame a sus pies, pareciéndome no eran de desechar mis lágrimas”⁸¹.

Pero dicha comunicación no se limita a la escucha, sino que supone la unión: “Un día, acabando de comulgar, me pareció verdaderamente que mi alma se hacía una cosa con aquel cuerpo sacratísimo del Señor, cuya presencia se me representó; y hízome una gran operación y aprovechamiento”⁸². Una presencia que deleita al Padre y se convierte en un acontecimiento trinitario en el interior del alma⁸³.

Para Benedicto XVI, Cristo ha perpetuado su entrega mediante la institución de la Eucaristía durante la Última Cena, por lo que ella, “nos adentra en el acto oblativo de Jesús”⁸⁴ y, teniendo en cuenta que “en la comunión sacramental yo quedo unido al Señor como todos los demás que comulgan”⁸⁵, el sacramento de la Eucaristía es la escuela en la que nuestra fe no sólo se acrecienta, sino que cobra fuerzas para proyectarse auténticamente.

⁷⁹ Cf. LF 40-45.

⁸⁰ *Audiencia general, sala Pablo VI, 16 de enero de 2013.*

⁸¹ V 9,2.

⁸² *Cuenta de Conciencia* 41, según la edición de M. DIEGO SÁNCHEZ – S. CASTRO, *Cuentas de conciencia. La otra autobiografía. Santa Teresa de Jesús*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2013 (citamos CC seguido del número); cf. 7M 2,1-2.

⁸³ Cf. CC 45.

⁸⁴ DCE 13.

⁸⁵ *Ib.*, 14.

ILUMINAR EL MUNDO CON LA LUZ DE LA FE

Comunicar la fe

Una de las características esenciales del J. Ratzinger teólogo será su interés por la catequesis: “así ha conseguido un puesto destacado entre los teólogos del posconcilio gracias al significado y al peso catequético que está presente en toda su teología”⁸⁶.

La transmisión de la fe es esencial para la vida de la Iglesia, pertenece a su esencia, como nos ha recordado Benedicto XVI⁸⁷: “el realismo de nuestra fe [...], no debe limitarse al ámbito del sentimiento y de las emociones, sino que debe entrar en lo concreto de nuestra existencia, debe tocar nuestra vida de cada día y orientarla también en lo práctico. Dios no se quedó en palabras, sino que nos indicó cómo vivir, compartiéndola nuestra misma experiencia salvo en el pecado”⁸⁸.

Así, sabemos de la preocupación, varias veces expresada por el Cardenal Ratzinger cuando era prefecto de la Congregación de la Doctrina de la Fe por la necesidad de una nueva catequesis, aquejada de problemas internos y externos al espacio eclesial⁸⁹. Dicha preocupación, fue esencial en el proceso de nacimiento del *Catecismo de la Iglesia Católica* y su posterior *Compendio*, aun cuando el prefecto no dejara de expresar sus dudas por el momento en el que se emprendía la redacción del primero⁹⁰.

Como indicaba Benedicto XVI en la Audiencia general arriba citada la fe no es únicamente objeto de la razón. Así, no podemos pensar en un catecismo como en una especie de transmisor de conceptos y en la catequesis como el espacio en que dicha transmisión se realiza, para que, quien la reciba, acepte la fe como un código de normas que se aprenden y se ponen luego por obra de modo automático. La fe toca nuestra vida y toca también por tanto el modo en que decidimos vivirla.

La fe nace de la propia experiencia religiosa, como hemos ido viendo, que se apoya en la vivencia común de la misma y del culto de la Iglesia⁹¹. Al principio es una fe recibida de otros, como de *segunda mano* -en expresión de J. Ratzinger- que es puerta de entrada a la fe más auténtica, de *primera mano*, gracias al encuentro personal con el Señor.

La experiencia del encuentro personal, lo expusimos más arriba, es presentada por J. Ratzinger-Benedicto XVI como esencial para una fe adulta y bien arraigada; ella

⁸⁶ U. Casale, citado en: P. BLANCO SARTO, *La Teología...*, 337.

⁸⁷ Siendo prefecto de la Congregación para la doctrina de la Fe, afirmó en Lyon J. Ratzinger: “la catequesis, la transmisión de la fe, ha sido desde el principio una función vital y central en la Iglesia, y debe seguir siéndolo mientras esta dure” (tomamos la cita de P. BLANCO SARTO, *La Teología...*, 339).

⁸⁸ *Audiencia general, sala Pablo VI, 9 de enero de 2013*.

⁸⁹ Cf. P. BLANCO SARTO, *La Teología...*, 338-340.

⁹⁰ Cf. *Ib.*, 342-346.

⁹¹ Para todo este paso cf. *ib.*, 150-156.

es, incluso en nuestro *estado de peregrinación*, certeza peculiar que se ilumina constantemente con la luz que “resplandece en el corazón por la palabra de Dios”⁹².

Dicho encuentro personal exige -en el sentido en que el amor es exigente- una respuesta. La fascinación del amor recibido, del encuentro regalado, está en la base de una donación auténticamente cristiana. Por ello, la experiencia personal creyente está en la base del amor a Dios y a los otros. Comentando la interpretación que el papa Gregorio Magno da a la visión de la escala de Jacob, Benedicto XVI afirma: “El pastor bueno [...], debe estar anclado en la contemplación. En efecto, sólo de este modo le será posible captar las necesidades de los demás en lo más profundo de su ser, para hacerlas suyas”⁹³.

Contemplación como ámbito del encuentro; acción como espacio en el que este se prolonga, se encarna y se hace público en forma de amor a Dios y a los otros. Por lo tanto, trascendiendo los esquemas moralistas, la propuesta de Benedicto XVI, absolutamente evangélica, nos marca el camino para responder a este amor en el que creemos, conocido en las fuentes de la Escritura, los sacramentos, la celebración litúrgica y la oración: “puesto que es Dios quien nos ha amado primero (cf. Jn 4,10), ahora el amor ya no es solo un «mandamiento», sino la respuesta al don del amor, con el cual viene a nuestro encuentro”⁹⁴.

Así, el amor se transforma en éxtasis, “pero no en el sentido de arrebató momentáneo, sino como camino permanente, como un salir del yo cerrado en sí mismo hacia su liberación en la entrega de sí y, precisamente de este modo, hacia el reencuentro consigo mismo, más aún, hacia el descubrimiento de Dios: «El que pretenda guardarse su vida, la perderá; y el que la pierda, la recobrará» (Lc 17, 33), dice Jesús en una sentencia suya [...]. Con estas palabras, Jesús describe su propio itinerario [...]. Describe también, partiendo de su sacrificio personal, y del amor que en éste llegará a su plenitud, la esencia del amor y de la existencia humana en general”⁹⁵.

Un poco más adelante, en la misma encíclica, Benedicto XVI afirma: “fe, culto y *ethos* se compenetrán recíprocamente como un sola realidad, que se configura en el encuentro con el *agapé* de Dios”⁹⁶.

Por otra parte, la misma acción es también ámbito en el que la fe crece, haciéndose pública a través del amor, reforzándose así los lazos del encuentro: “el amor del prójimo es un camino para encontrar también a Dios, y [...] cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte también en ciegos ante Dios”⁹⁷. En expresión teresiana, Marta y María *andando juntas*⁹⁸ para una adecuada vivencia y transmisión de la fe.

⁹² Ib., 151-152

⁹³ DCE 7.

⁹⁴ DCE 1.

⁹⁵ DCE 6.

⁹⁶ DCE 14.

⁹⁷ DCE 16.

⁹⁸ Cf. 7M 4,12.

El testimonio de santa Teresa es precioso para la iluminación de este paso. A la hora de crear comunidades que sirvan a la Iglesia y contribuyan a la transmisión de la fe, la Santa tiene claro que el amor entre las hermanas es un elemento esencial para que, misteriosamente, su vida escondida en un espacio contemplativo cumpla fielmente la misión a la que han sido llamadas ella y sus hijas: “Aquí todas han de ser amigas, todas se han de amar, todas se han de querer, todas se han de ayudar”⁹⁹. Teresa, usando otra forma de hablar, está pidiendo a sus monjas aquello que vivían las comunidades cristianas primitivas, donde unos eran miembros de los otros realmente y se preocupaban los unos de los otros. Esa fue la causa principal de difusión del cristianismo en sus orígenes y esa sigue siendo hoy la principal razón, este *mirad cómo se aman*.

Los pequeños detalles de amor en la vida cotidiana se convierten así en llama que alumbra el mundo con la luz de la fe: “¿Pensáis que es poca ganancia que sea vuestra humildad tan grande, y mortificación, y el servir a todas, y una gran caridad con ellas, y un amor del Señor, que ese fuego las encienda a todas, y con las demás virtudes siempre las andéis despertando? No será sino mucha, y muy agradable servicio al Señor”¹⁰⁰.

Se entiende pues cuán categórica es Teresa al explicar en qué consiste de verdad *ser espirituales*, vivir la fe. Solo desde la fascinación por la vida de Cristo¹⁰¹ puede proponerse un modo de vida así, capaz además de enseñar a muchos qué es realmente la fe: “Acá solas estas dos que nos pide el Señor: amor de Su Majestad y del prójimo, es en lo que hemos de trabajar. Guardándolas con perfección, hacemos su voluntad, y así estaremos unidos con El.

Mas ¡qué lejos estamos de hacer, como debemos a tan gran Dios, estas dos cosas, como tengo dicho! Plega a Su Majestad nos dé gracia para que merezcamos llegar a este estado, que en nuestra mano está, si queremos.

La más cierta señal que, a mi parecer, hay de si guardamos estas dos cosas, es guardando bien la del amor del prójimo; porque si amamos a Dios no se puede saber, aunque hay indicios grandes para entender que le amamos; mas el amor del prójimo, sí.

Y estad ciertas que mientras más en éste os viereis aprovechadas, más lo estáis en el amor de Dios; porque es tan grande el que Su Majestad nos tiene, que en pago del que tenemos al prójimo hará que crezca el que tenemos a Su Majestad por mil maneras. En esto yo no puedo dudar”¹⁰².

“Mirad que importa esto mucho más que yo os sabré encarecer. Poned los ojos en el Crucificado y haráseos todo poco. Si Su Majestad nos mostró el amor con tan espantables obras y tormentos, ¿cómo queréis contentarle con sólo palabras? ¿Sabéis

⁹⁹ C 4,7.

¹⁰⁰ 7M 4,14.

¹⁰¹ En esta clave puede leerse DCE 12-15.

¹⁰² 5M 3,7-8.

qué es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos de Dios, a quien, señalados con su hierro que es el de la cruz, porque ya ellos le han dado su libertad, los pueda vender por esclavos de todo el mundo, como El lo fue; que no les hace ningún agravio ni pequeña merced.

Y si a esto no se determinan, no hayan miedo que aprovechen mucho, porque todo este edificio -como he dicho- es su cimiento humildad; y si no hay ésta muy de veras, aun por vuestro bien no querrá el Señor subirle muy alto, porque no dé todo en el suelo.

Así que, hermanas, para que lleve buenos cimientos, procurad ser la menor de todas y esclava suya, mirando cómo o por dónde las podéis hacer placer y servir; pues lo que hicieréis en este caso, hacéis más por vos que por ellas, poniendo piedras tan firmes, que no se os caiga el castillo”¹⁰³.

Contemplar: vivir para dar vida

Quisiera terminar, ya brevemente, llamando la atención sobre un modo de comunicar la fe poco visible y, por lo tanto, quizás poco valorado. La fe, sí, se comunica con el testimonio de la caridad, se comunica atrayendo a otros a la experiencia del amor de Dios a través de la catequesis y de la celebración. Pero la fe se comunica también, de un modo oculto y misterioso, a través de la oración.

Santa Teresa insistió repetidas veces a sus hijas: su forma de vida, en fraternidad evangélica, centrada en lo esencial al estilo de Jesús no debía ser asumida por ellas como un camino para salvar su propia vida; lo importante era y es salvar a otros, vivir para dar vida: sostener a los evangelizadores, orar por los que no oran, amar por los que no aman. Así, instauró en la Iglesia un modo de contemplación que es, al mismo tiempo, eminentemente apostólico: “¡Oh hermanas mías en Cristo!, ayudadme a suplicar esto al Señor, que para eso os juntó aquí; este es vuestro llamamiento, estos han de ser vuestros negocios; estos han de ser vuestros deseos; aquí vuestras lágrimas; estas vuestras peticiones [...]. Estáse ardiendo el mundo, quieren tornar a sentenciar a Cristo, como dicen, pues le levantan mil testimonios, quieren poner su Iglesia por el suelo, ¿y hemos de gastar tiempo en cosas que por ventura, si Dios se las diese, tendríamos un alma menos en el cielo? No es, hermanas mías, no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia”¹⁰⁴.

Carmen Conde, poetisa, escritora y primera mujer académica de la lengua

¹⁰³ 7M 4,9.

¹⁰⁴ C 1,5. Teresa exhorta a sus hermanas a una oración centrada en la defensa de la Iglesia, en la defensa de la fe, ante la crisis creada por la reforma luterana (tal y como ella la percibe a través de los medios que le informan). Ante esta tremenda crisis, a los ojos de Teresa, no se puede desperdiciar el tiempo de la oración en cuestiones menores, insustanciales que, incluso, podrían dañar a quien las pide si las recibiese. Más adelante dirá que no hay que tener miedo a no recibir limosnas por no atender estas peticiones de oraciones: Dios proveerá a sus monjas (cf. EG 281).

española, expresó esta idea hace ya algunos años en forma literaria bellísima, confiriendo además a la oración una potencia que vence al tiempo: “orar es encerrarse en un fanal hermético y comenzar a emitir ondas de prieta frecuencia que alcanzarán a las almas sintonizadas, sumándoselas, para una música que el oído de Dios espera y necesita. Por inaudible, no deja de ser cierta la propagación. Orar es irradiar calor y sonido fuera del coeficiente de los humanos sentidos. Cuando mañana les sea posible a las futuras humanidades oír (como hoy lo que radio y televisión acomodan al ojo y oído actuales), las oraciones aquellas, tan densas y tan radiantes, entregarán su sinfonía a los hombres. La oración de santa Teresa, tal cual ella la emitía y propagaba, si no se oye sigue vibrando, de mundo en mundo, para abrirse en fabulosa corola, no mortal como la que producen los átomos desintegrándose, sino hechura de vida. De la vida que buscaba su oración. La concentrada oración de sus hijas. Horas y horas que el mundo profano considera perdidas e inútiles porque no son acción; y la acción de tantísimos millones de seres, ¿qué es, tantas veces? Podríamos condenar al ave porque solo produce cántico; a la flor, porque aroma; al viento, porque sonido y fuerza ¡Cántico suave, silencioso, solitario -con música, olor, ímpetu...-, el de la oración de santa Teresa!”¹⁰⁵.

La oración como fuerza que, efectivamente, cambia el mundo. Una concepción que late hondamente en el corazón de Benedicto XVI, como nos ha enseñado no sólo a través de las palabras, sino, sobre todo, con la vida: “No abandono la cruz, sino que permanezco de un modo nuevo junto al Señor crucificado. Ya no tengo la potestad del oficio para el gobierno de la Iglesia, pero en el servicio de la oración, permanezco, por así decir, en el recinto de san Pedro. San Benito, cuyo nombre llevo como papa, me será de gran ejemplo en esto. Él nos mostró el camino hacia una vida nueva que, activa o pasiva, pertenece totalmente a la obra de Dios”¹⁰⁶.

¹⁰⁵ CARMEN CONDE, *La escritura de santa Teresa y su amor a los libros*: Boletín del Museo e Instituto “Camón Aznar” X (1982) 11.

¹⁰⁶ *Audiencia general, sala Pablo VI, 27 de febrero de 2013.*